

## ¿Qué síntesis (hispanista) de la Guerra Civil?

JAVIER RODRIGO  
*Universidad de Zaragoza*

**B**ASTA darse un paseo por cualquier librería de barrio, una no especializada en la disciplina histórica, para comprobar que la historiografía y la edición sobre la Guerra Civil están cada vez más inmersas en una suerte de vértigo narrativo que puede, definitivamente, embotar la empatía y la capacidad de absorción. El escritor Isaac Rosa, autor de una de las novelas más brillantes sobre la guerra, el franquismo y sus consecuencias (*El vano ayer*) alertaba hace no mucho sobre la posibilidad de que se esté creando una sensación de cierre en torno al tema, de cerrojo al debate, de quema de naves (en «Empacho de memoria», *El País*, 6 de julio de 2006). Lo que no se publique en este oficial «Año de la Memoria» impregnado de aniversarios mediática y editorial no se publicará jamás, puede pensarse. Acabarán los aniversarios y, tras haberse publicado todo, nuevo y viejo, reediciones y más reediciones, nadie querrá leer más sobre la guerra.

Puede que no le falte razón. Es cierto que una mirada a las estanterías sobre el tema despierta hoy por hoy un sentimiento de confusión que, si resulta difícilmente sorteable para quien se dedica con más o menos empeño a la lectura de volúmenes de todo jaez sobre la guerra y la posguerra, cómo no habrá de serlo para el lector ocasional. El estruendo mediático y político que rodea hoy a la investigación, estudio y divulgación de cualquier aspecto relacionado con la Guerra Civil explica, al menos parcialmente, la combinación algo churrigueresca en los mismos estantes de libros reeditados con un simple cambio de título, serios trabajos de investigación y refritos que, además de arrasar en las listas de ventas, acumulan edición tras edición sin aportar ni un ápice al conocimiento histórico. Y, cómo no, de síntesis presentadas como más o menos «definitivas». Sin embargo, y como en todo, también en este tema es necesario hilar fino, pues no todas las síntesis son iguales. No todas responden a estrategias editoriales, y muchas de ellas se sustentan sobre sólidos trabajos de investigación. Y, ésas sí y no otras, llenan los «importantes vacíos» en las obras generales sobre la Guerra Civil.

Ante el vértigo impuesto en los últimos años por la demanda social de unas narrativas nuevas, o presentadas como novedosas, sobre el pasado inmediato, las síntesis se erigen como elementos paradigmáticos para observar el devenir del discurso historiográfico. Pues, en primer lugar, son las que con mayor claridad absorben, o deberían absorber, los avances parciales en la investigación. Pero, además, porque constituyen en sí mismas elementos insoslayables de referencia para la construcción de los

grandes relatos históricos. Y, en esto como en todo, la Guerra Civil no difiere del resto de períodos históricos, aunque por otro lado resulte diferente por la cantidad de voces acreditadas sobre la misma, por la cantidad inabarcable de páginas editadas, y por la enorme atención que recibe desde las esferas de la edición, de la lectura histórica o de los usuarios públicos del pasado. No todas las síntesis son, empero, remedos sin más de los grandes relatos preponderantes, simplistas y conocidos sobre el conflicto, aunque algunas de esas cosmovisiones de tendencia bipolar (la de la «locura trágica» o la de la «lucha por las libertades contra el fascismo», por ejemplo) anden aún bien arrojadas por entre los cientos de nuevas páginas publicadas en los últimos meses. De hecho, algunas constituyen una investigación en sí mismas, por las pruebas que aportan, por la minuciosa lectura de otros trabajos que demuestran, por las hipótesis que manejan y por las cosmovisiones de la guerra que aventuran. Sin ir más lejos, la obra de Gabriele Ranzato *L'eclissi della democrazia. La guerra civile spagnola e le sue origini, 1931-1939* (Turín, Bollati Boringhieri, 2004, editada en castellano por Siglo XXI) no constituye solamente un impropio trabajo de síntesis, sino además una sólida indagación sobre el papel del Estado y de las lealtades democráticas en los turbulentos años de república y guerra. Una pesquisa trufada de detalles y sugerencias, deudora (pero no en extremo) de otras síntesis y trabajos de índole más general que local o específica, y que despertará más de una polémica. Sobre todo, por su arquetípica noción de «democracia» —la clave estructural del trabajo—, aspecto que ya ha despertado sugerentes debates en Italia: en concreto, en la revista semestral *Spagna Contemporanea*. Con una visión tal vez poco flexible, la democracia liberal que busca Ranzato en las voces y los idearios de los actores singulares y colectivos del espinoso terreno político de la España de los Treinta aparece, en consecuencia, zancadilleada y torpedeada desde todas partes. Pocos e inmaduros demócratas había en España, parece decirnos Ranzato, y así poca democracia podía construirse.

El esfuerzo explícitamente presentista puesto en la búsqueda e identificación de una «tercera España» realmente liberal-demócrata, que pudiera parecer un insoslayable lastre para la narración, acaba no obstante convirtiéndose en el valor máximo del libro. Y lo es porque el autor lo utiliza para poner bajo el prisma del contraste idearios, mitificaciones y realidades políticas, sobre todo en el ámbito republicano. Lo problemático, sin embargo, es que en ese sentido —y en otros— el libro crea una imagen en momentos un tanto ucrónica de la Segunda República, vista a veces a la luz de 1936 y otras a la de 1939: una democracia abocada irremisiblemente a la guerra civil. Como han señalado también otros especialistas, esa aparente inevitabilidad puede acabar diluyendo las responsabilidades últimas de una guerra que no estalló por la carencia de responsabilidad democrática (liberal) o por la falta generalizada de respeto al imperio de la ley. En ese sentido, la imagen de un eclipse repentino y súbito de la democracia, que podría evocar el golpe de Estado de 1936, acaba convirtiéndose en este libro más bien en la de un lento e inexorable anochecer.

Ranzato, en definitiva, apuesta por la interpretación antes que por la exposición y la descripción, construyendo un relato complejo a mayor gloria de la historia-problema. No es ése, sin embargo, el caso del inglés Antony Beevor (*La guerra civil española*, Barcelona, Crítica, 2005, una amplia actualización de su obra de 1982), un reputado historiador militar —que no un hispanista— al que es obligado reconocerle un estilo atractivo y ágil de escritura que ya ha empezado a influir abiertamente en algunos periodistas e historiadores patrios. En una línea divulgativa más pensada para atraer al «gran público» que para satisfacer a los especialistas, Beevor resulta simplificador pero no simplista, aunque algo maniqueo a la hora de analizar la política republicana en clave a veces extremadamente filosofiética. Pero, aun con todo (tono narrativo y flexibilidad argumental), la de Beevor no puede considerarse una síntesis sobre la Guerra Civil. Antes bien, se trata de una obra generalista, sin grandes ambiciones interpretativas o epistemológicas pero con una amplitud temática que deja pocos flecos sueltos. No es un libro pensado para plantear los debates historiográficos más candentes, como son los de las responsabilidades en el origen del conflicto, la asimetría de las violencias políticas desarrolladas en la retaguardia o el calado de su dimensión internacional. Se trata, sin embargo, de una obra muy recomendable, por completa, para los no iniciados en la compleja historia del tiempo presente español. Su tono holista y objetivista puede, no obstante, resultar excesivo para historiadores e investigadores. Demasiada presunta objetividad en un libro tan amplio deja, paradójicamente, poco espacio para el debate o para las preguntas que hoy se plantea la historiografía sobre la Guerra Civil. Preguntas sobre las culturas, las imágenes recíprocas, la remodelación y construcción de los símbolos, las identidades y las memorias que, por no encontrarse en la superficie misma del relato sobre el pasado traumático de la Guerra Civil, muchas veces pasan desapercibidas.

También desde Inglaterra han llegado dos libros, explícitamente sensibles hacia la causa republicana, que sin embargo han incorporado en su relato un claro *desideratum* de complejidad, y una particular atención hacia los temas candentes en el estudio de ese pasado tan constantemente declinado en presente continuo. Liberados de los a veces estrechos corsés (tejidos, fundamentalmente, con historia política y diplomática y personajes relevantes) de la historiografía anglosajona sobre el conflicto, Helen Graham con su *Breve historia de la guerra civil* (Madrid, Espasa Calpe, 2006) y Paul Preston con *La Guerra Civil española* (Barcelona, Debate, 2006) han construido, casi en paralelo, dos relatos caracterizados por la exposición ágil, la amenidad narrativa y, no obstante, la complejidad analítica. El muy actualizado ensayo bibliográfico que propone Preston es, con toda probabilidad, el mejor que pueda leerse en la actualidad. Y ese ingente trabajo se ve reflejado en esta muy ampliada reedición. Si a su libro, en primera y segunda edición, podía achacársele cierta propensión al análisis de los temas «clásicos» sobre la guerra dejando de lado otros aspectos —fundamentalmente culturales, en el sentido más amplio del término—, ahora esa relativa carencia ha sido más que rebasada. El libro de

Preston ya hacía palidecer, a mi juicio, a los de sus contemporáneos y precedentes en los años ochenta, y ahora no solamente no ha perdido vigencia, sino que la ha ampliado. Sobre todo, en lo relativo al que con toda probabilidad es el aspecto más profusamente estudiado en los últimos años: el de la violencia en las retaguardias.

Un aspecto afrontado también directamente por Helen Graham cuyo libro es, de todos los señalados aquí, el que más se ajusta a la noción de libro de síntesis, con todo lo que eso implica. Podría pedírsele más profundidad y espesor en determinados temas, pero aun con todo en su sistemático tratamiento de casi todos los aspectos del conflicto eleva varios puntos el listón de las monografías breves al uso. En particular, por su certero análisis tanto de la internacionalización de la guerra como de la sobrecogedora tasa de violencia en retaguardia. Las cuestiones militares pasan, de tal modo, no a un segundo plano, pero se retiran del centro de la narración. Por ello se trata, a mi juicio, del libro de síntesis en el que más claramente se verá reconocida la investigación presente y futura sobre la Guerra Civil. Sobre todo, por no reproducir en sus líneas argumentales principales ninguno de los grandes relatos sobre la Guerra Civil ni la tendencia aún muy presente a la equidistancia y al reparto equitativo de culpas y anatemas, sino por una apuesta por la complejidad hecha, por otra parte, explícita en el libro recientemente editado por C. Ealham y M. Richards, *The splintering of Spain*. El gran relato sobre la Guerra Civil explicitado por Preston y Graham es, de ese modo, el de la doble lógica del exterminio del adversario. Una visión de la guerra en clave de explosión de violencia, por otro lado, adelantada por Santos Juliá en el libro ya clásico sobre el tema, *Víctimas de la guerra civil*.

Poco de eso puede encontrarse en el libro de Bartolomé Bennassar, de complejo título y no solamente por su cronología, *El infierno fuimos nosotros. La Guerra Civil española (1936-1942...)* (Madrid, Taurus, 2005). Un volumen presentado como el que vendría a cubrir un importante hueco en la historiografía sobre el período y que, sin embargo, no aporta demasiado ni al conocimiento ni a la síntesis del tema, aunque sí, y mucho, a su divulgación, ciñéndose la mayoría de las veces a las conclusiones de debates virtualmente superados por el acuerdo mayoritario en la historiografía. La novedad en este libro es la postura que adopta el historiador a la hora de enfrentarse a ese pasado heterogéneo, traumático y complejo. Erigido explícitamente como juez que decide culpabilizar por igual a todas las partes en conflicto tras una pátina de objetividad «no complaciente» —según reza la contraportada—, Bennassar se vale de lecturas ajenas para levantar un volumen algo apresurado, poco más que correcto en los aspectos «clásicos» sobre la contienda (los militares, diplomáticos, políticos o económicos) y que, sin embargo, resbala completamente en otros menos trabajados por la historiografía generalista. De hecho, este libro parece una actualización de los dos que marcaron, quizá demasiado, los estudios sobre la guerra: los de Hugh Thomas —a quien el autor admira explícitamente— y Gabriel Jackson. Con ello, y aun con evidentes avances derivados, en definitiva, del crecimiento y maduración historiográficos sobre la

Guerra Civil, reproduce algunas de las imprecisiones y juicios de aquéllos. De hecho, como ocurriera en esos trabajos clásicos, uno de los temas que destaca mayúsculamente entre los analizados con cierta impericia es el de la violencia en las retaguardias. Es completamente inexplicable, y carece de toda base, la conclusión a la que llega Bennassar, al decir que la violencia asesina de la Revolución igualó a la de la reacción, o que «las víctimas fueron (...) más numerosas en las zonas que habían permanecido leales a la República, sencillamente porque allí estaban las ciudades más grandes». Una idea que reproduce en muchas más ocasiones, y que denota que no conoce a fondo la literatura regional y nacional sobre las represiones. La realidad fue la contraria: hubo más muertes en la retaguardia sublevada que en la republicana, y en una zona menos poblada y sin las grandes capitales. Evidentemente, como historiador metido a juez retroactivo, en este caso a Bennassar o le han fallado las pruebas, o no ha sabido manejarlas.

En un relato hecho de bipolaridades y culpas colectivas («En el inicio de la Guerra Civil, las responsabilidades están muy compartidas (...) Franco y los suyos hicieron lo mismo que (...) los revolucionarios de octubre de 1934», pág. 435), escrito a veces de manera un tanto errática, su mayor aportación, y la parte más destacable del libro, está en lo referido al exilio y a los campos de internamiento para los refugiados en Francia. En esos capítulos es cuando Bennassar se muestra más convincente, original y contundente. El problema, sin embargo es que eso se diluye entre una historia de la guerra que, para evitar ser tenida por parcial o partidista, se arma de un cierto relativismo que a momentos despolitiza a sus personajes, y en otros los somete al juicio presentista y, en cierta medida, deshistorizante. Se juzga, y mucho, en bloque a los dos «bandos», el «nacional» (sic) y el «republicano». Se yerra, más cuantitativa que cualitativamente, en elementos nucleares de la guerra, como el referido a la violencia política. Y más que equidistante, el libro es equiparador: el reflejo aún fulgurante de una cosmovisión y lectura del conflicto en clave de «locura trágica», irremisible y sin sentido, que se creía en desuso entre los grandes relatos historiográficos sobre la guerra.